

A don Agustín Millares Carlo

ANTONIO DE LA NUEZ CABALLERO

Muchas vueltas da la imaginación hasta que se da cuenta del lugar donde ha caído, de la barrera a la arena, de las nubes al mar, del entero a la fracción, del ser a la nada, de lo atómico a lo infinito, del Pico de Bandama a la Sima de Xinamar donde Antonio daba vueltas en una cuerda y un espía innombrable lo vigilaba desde la boca, mientras mar arriba Simoncito elucubraba sobre la repisa que tenía sobre el bardo de tuneras de Indias. Decía que tenía. Ya de mayor cayó en la locura y ni se le podía llevar al cine porque interpelaba a cualquiera de los espectadores que estuvieran a su alcance. *Ars longa, vita brevis.*

DE DON AGUSTÍN A LA REIVINDICACIÓN DE LOS VIS FILATELIA.

Don Agustín Millares Carló fue mi maestro y amigo desde que venía a Canarias durante las vacaciones estivales. Yo no tenía vacaciones —o no me daba cuenta de ellas— porque tenía entre siete y ocho años por aquellos días de sol. Casi toda su familia residía en la parte oriental de la casona que aún se llama Villa Rosa, por el nombre de nuestra abuela materna y había sido construida para ella por mi otro abuelo Manuel Caballero. Pero la abuela murió antes de verla terminada.

Cerca de los siete años en Villa Rosa, —lo sé porque el año anterior había nacido mi hermano Víctor. Lo recuerdo dando los primeros pasos en esa misma galería con varias de las personas que fueron famosas. Después el recuerdo se centra en Don Agustín Millares Cubas dando paseos por toda

aquella galería. Su señora, Doña Lola Carló, se remaba en su mecedora y agitaba pausadamente un abanico.

A veces en otras ocasiones su hijo Agustín, en su merecido descanso, llegaba con su esposa y sus hijas desde Madrid. Solía instalarse en el extremo norte de la galería con su mesa y su *Ivert y Tellier* (o algo así) abierto por el país que estuviera clasificando. Eran mis primeros pasos en el Filatélismo. Yo miraba y Don Agustín me regalaba algunos ejemplares repetidos. Cuando me cansaba de aquello pasaba al segundo puesto, donde su cuñado el abogado Don Manuel, esposo de Micha, hacía lo mismo.

Ya cumplidos los ocho años, y en Madrid, seguí el segundo curso sobre la Filatelia “superior” porque Don Manuel Pérez-Balsera, diplomático de carrera en Marruecos y Portugal —y esposo de mi tía Juana Caballero Rodríguez—, me donó algunas piezas filatélicas, que aún conservo en un álbum que me regaló mi tía Rosa Caballero. Luego el Doctorado lo recibí de la Tía Nina, hermana del poeta Tomás Morales, que en una tabla de costura y a la vista de la carretera del Centro, clasificaba toda su colección. En vista de mis conocimientos sobre la materia me concedió graciosamente el título de “Lumbrera Filatélica”. Así de fácil. Algún lector se preguntará por qué considero importante esta interrelación de la Filatelia y D. Agustín, y es porque en una ocasión uno de mis tíos me dijo que eso era perder el tiempo, pero que podía ser importante en la especialidad paleográfica de Don Agustín.

Pasaron los años y por Don Agustín algunos avatares que conozco. Estalló aquella guerra de antaño y D. Agustín y su familia huyeron por Francia con intención de pasar la guerra entre su gente de Canarias. Pero el proyecto se le amargó repentinamente. Un gran amigo suyo, D. Pedro Sainz Rodríguez, fue nombrado, por Franco, Ministro de Educación y en el primer Consejo de Ministros que se convocó en Salamanca tuvieron un encontronazo de los de aquí te espero. Don Pedro tuvo que huir a Portugal desde la “casa de huéspedes” de referencia sin acordarse de Napoleón. Enterado D. Agustín de ello y habiendo fallecido su esposa, emigró a México donde ya vivía una tía suya, esposa del que había sido Fiscal General de la República y hombre importantísimo del obrerismo Canario: Don José Franchy y Roca. Y también un sobrino, Jorge Hernández Millares, compañero de nuestros juegos en el Monte Lentiscal, sector Villa Rosa.

Llegó a Méjico D.F. en un momento ideal según me contó una vez nuestro gran irónico profesor. Una pancarta ilustrativa lo llenó de ilusiones porque decía “Por una sociedad sin clases”. Es el ideal de todo alumno y de todo profesor, pero poco recomendable para esa Sociedad. Tan arraigado tengo en mí el recuerdo de Don Agustín, que aunque esto que escribo no se publicara jamás, sería siempre la confesión de una memoria que tengo dentro y que como todos los recuerdos se distorsionan y circulan sin control.

A veces tengo que volver atrás y enhebrar la historia de la extrema juventud de Agustín Millares estudiante y en Madrid. Me lo imagino durmiendo en los bancos de la Plaza de Santa Ana y el relato de mi tía Juana sobre la bondad y energía de la primera esposa, que aunque procedía del nudo alegre del teatro, impulsó a rematar sus estudios a uno de los eruditos, que más fama en profundidad logró en su época, a pesar de lo tormentosa que fue aquella en que vivieron los contemporáneos de mi padre. Algunos tuvieron premonición de lo que sería todo aquello porque en la felicitación que la tertulia de la Farmacia Santa Ana entregó a mi padre, por mi feliz natalicio, se puede ver aún el sello que dice VENENO, con la calavera y las dos tibias en medio.

Pasaron tan rápidamente los años que cuando Don Agustín volvió a ver la calle de la Gloria, yo ya era responsable de la Secretaría de la Junta del Museo Canario presidida por nuestro inolvidable amigo Manolo Morales Ramos. Rendimos nuestro homenaje al sabio paleógrafo en el Hotel Esperanza cuya estructura del viejo hotel anglo-canario era casi la misma de ahora, si se prescinde de los monstruosos salones, bares y cristaleras que ahora posee. A partir de lo entrañable de los queridos personajes que allí se reunieron se sucedieron las anécdotas tanto de Don Agustín como de D. Simón Benítez que seguramente ofreció lo de la “ignorancia enciclopédica” de un amigo suyo muy conocido de todos en sus varias versiones. No recuerdo qué “falsografías” expondría Don Agustín en aquella ocasión con los recuerdos de la misma ciudad que nos había visto nacer, pero sí el de la explosión de cariño que le demostró una buena señora desde una ventana baja de la calle de la Cárcel o de la de Enmedio, conocidísimas por varias razones.

Después de algunos años nos encontramos en Maracaibo: yo como emigrante al que la marea había llevado a las orillas del Catatumbo, y Don Agustín que iba a ser contratado para la creación en la Universidad del Zulia de una facultad de Letras que no sabía aún qué escuelas iba a tener. Nos sentamos a conversar largo y tendido ante sendas cervezas zulianas a las puertas del único supermercado que tenía entonces Maracaibo. Sus viajes por los archivos de América habían ya comenzado.

El ser “parménico” que somos todos tiene su continuación en aquella avenida Urdaneta de Caracas en honor al general zuliano. En un bar de la mano derecha, un poco más debajo de El Universal moderno, nos sentábamos a discutir los planes de ataque por las diversas instituciones con archivos, don Agustín y yo. El objetivo principal era el Archivo General de la Nación que comandaba, por entonces, Mario Briceño Perozo. Las cervezas heladas caían como moscas, mientras me señalaba el Maestro de Maestros las notas que debería tomar varias cuerdas más arriba en el edificio de la institución. Después aprovechaba estas visitas para tomar datos para un artículo que tenía en marcha sobre la vieja heráldica venezolana. Sobre todo recuerdo el día en

que pude copiar el escudo concedido al general que había derrotado al Tirano Aguirre, el enemigo de Felipe II. En ese escudo aparece la bandera negra del citado tirano como trofeo concedido al vencedor.

Otras veces las estancias caraqueñas del gran paleógrafo eran más complicadas. A la salida de la Universidad Central por la Plaza Venezuela dejábamos atrás, en una loma, los restos de la hacienda de las Ybarras y penetrábamos en el arranque de la Avenida Casanova. Nos dábamos entonces cita en una cervecería con un grupo de la Universidad, con Anaofelia y con D. Agustín. Pronto subíamos al piso de arriba, un solo salón extenso donde se montaba a intervalos el coro catedralicio en que el “augusto” maestro nos daba clases de carácter operístico o zarzuelero, hasta que llegaba el supuesto barman a acallar nuestras demostraciones de cultura musical.

Era la vida al comienzo de Casanova. Un día Don Agustín y el que suscribe decidimos andar toda aquella a pie aunque por Petare se veían unas nubes amenazadoras que yo tomé a chacota. La lluvia descargó con furia y D. Agustín, a renglón seguido, hizo los correspondientes versos chuscos:

....Dijo Don Antonio
que cuando Petare amenaza
la lluvia no descarga
porque es falsa. . . .

Pronto llegamos a una tienda de bicicletas empapados pero cerca de la librería que llamábamos de Sarito Doreste.

La otra parte de nuestra vida en Caracas transcurría en la terraza de la casa de Don Juan Méndez en San Bernardino, cerca de la avenida Volmer, frente al Hotel Potomac.

En esa época Don Agustín venía a Caracas con su segunda esposa, una tremenda mexicana del color de la canela. Como ella decía que su mamá estaba “muy grande” creí que debía de ser una giganta más grande que ella, pero no. Ella quería decirme que era muy anciana. En Maracaibo, como íbamos a un pub no muy santo con Don Agustín, decía “a este viejo me lo cargo yo” si tardaba demasiado en nuestro periplo nocturno.

En una Navidad estábamos invitados a la cena en casa de Don Juan y doña Esperanza; esperamos mucho tiempo hasta que apareció esta esposa de D. Agustín, perfectamente adobada. Uno de los comensales de la reunión comentó en secreto que la cicatriz que tenía la mexicana en la frente debía de ser el ombligo que le quedó allí después de la serie de operaciones para el estiramiento de su piel. Lo pasábamos siempre muy bien en casa de los Méndez. Bailábamos, intelectuales, profesores, poetas y sobre todo oíamos a D. Agustín. El daba vueltas y vueltas y una noche se mareó hasta que lo llevamos

al hospedaje que tenía en el centro más antiguo de Caracas, una de esas casas de la época romántica con portón interior que daba al jardín de más bajo nivel lleno de verdes plantas tropicales de apariencia siempre “luxuriosa” como decía D. Agustín.

Cuando volví al día siguiente me dijo aquel filólogo también gigante, que lo había pasado mal, pero ya estaba dispuesto a quitarse el ratón gris perla con cerveza tropical de verdad para hacerme los encargos que siempre me hacía para buscarlos en el Archivo General de la Nación y enviárselos a Maracaibo. Estos encuentros solían ser en cualquiera de las cervecerías de la Avenida Urdaneta antes de llegar al cruce de las Fuerzas Armadas.

Me recibía con aquel ¡Antuán! ¡Antuán! que era la expresión de cordialidad con que también me saludaba siempre el escultor Juan Jaén. Se había originado en el cuento que yo les narraba del examen que había sufrido en la Real y Pontificia por parte de los profesores belgas de literatura francesa y creo que fue sobre la célebre novela de las “Relaciones Peligrosas”, que todavía se sigue editando como joya de la literatura gala. Con este y otros “triumfos” logré a la tierna edad de cincuenta años el título de Licenciado en Letras, lo que produjo inmediatamente una explosión de fervor amical concediéndome mi doctor y maestro el título de Doctor en Humanidades —y téngase por tal— firmado y rubricado en una servilleta de papel, sobre la clásica mesa del bar.

La apertura de la Facultad de Letras de la Universidad del Zulia en Maracaibo fue muy importante para el grupo relacionado con la erudición y las letras, antiguas y modernas. Don Agustín creo que fue el primero de sus Decanos. Lo primero que hizo fue ofrecerme una cátedra en dicha Facultad, pero por entonces yo ya estaba demasiado bien situado en Caracas, ya me había olvidado de los “yelitos”. Y de la luz intermitente del Catatumbo. Pero un gran amigo de Agaete, Carlos Sánchez, Licenciado en Clásicas, fue una buena adquisición para la Facultad de Luz y para Don Agustín. Según me contaba, con otros “genios” y “genias” no tuvo tanta suerte. En una ocasión emprendí una gran aventura en un destartado autobús y fui a ver a Don Agustín, a Rafael Bolívar y a todos los demás a la capital del Lago. En este año de 1999, lleno de prodigios, tuve la suerte de que estuvimos aquí en Tafira Alta recordando la presencia mágica de Don Agustín y su inacabable bondad, no siempre comprendida por las gentes que lo conocían de lejos, como el caso de un excelente periodista de estos lados que cuando regresó el prócer de la paleografía llegó a escribir que había regresado de su “dorado exilio” cuando me consta que no llegó a ver una sola “morocota” en su larga estancia en las Américas, como no fuera en algún museo. En Maracaibo, además de su prestigio académico, tuvo una popularidad política porque según mis noticias en una manifestación estudiantil participó con gran entusiasmo y allí se produjo el nacimiento de una frase venezolana de realismo crudo.

— Sí, doctor, usted tiene la razón, pero va pa la policía.

En Caracas me dio una lección inolvidable que aproveché inmediatamente. Me habían encargado la clasificación de una Biblioteca pequeña pero muy interesante y, como yo no sabía nada de aquello, se lo consulté a D. Agustín para que pusiera en mis manos algo que me iniciara en la Biblioteconomía. La utilicé como Dios me dio a entender y luego en la Biblioteca de Guillermo Morón. Este libro ya no lo vi más, pero me dio la experiencia suficiente para saber que los libros no se clasifican sobre las sillas que se tengan a mano. El conocido pintor también muy dado a los libros, López Méndez, quedó muy satisfecho con aquella clasificación. La bondad de Don Agustín era tan proverbial como su erudición. Hace pocos días tuve una muestra de ello. Tengo una gran amistad con el escritor asturiano José Manuel Castañón. Lo llamé para felicitarle por el homenaje que le habían hecho y como es lógico estuvimos hablando de los amigos que ya la muerte y el tiempo han dejado atrás. No se acordaba del nombre de D. Agustín Millares, pero inmediatamente recordó la bondad del viejo filólogo y paleógrafo. En el campo de sus publicaciones se olvida siempre una de sus obras didácticas mejores: una *Gramática Latina* cuya edición supongo que se habrá quedado eternamente olvidada en los almacenes de la Universidad del Zulia, haciendo compañía a la máquina quitanieves que enviaron de Norteamérica cuando se pidió el material necesario para una Universidad.

Otra de las aventuras que corrimos juntos en Caracas fue la de la búsqueda del nuevo espléndido edificio alquilado por el Embajador Matías Vega en una suntuosa zona residencial de la Capital, llena de vegetación que creo que era Valle Arriba, en la Quinta la Bermeja que pertenecía a un Perezjimenista que se había exiliado. El Gobierno Adeco había intervenido sus propiedades. No era un palacio pero sí un palacete casi campestre con estanques y salones de amplitud apropiada y obras de arte entre las cuales destacaba una escultura en metal, obra de uno de los pocos escultores surrealistas: Gargallo.

Las vueltas y revueltas para llegar hasta allí, con Antonio Ojeda que casualmente había venido por aquellos días de Maracaibo, fue casi disparatada porque ninguno de los viajeros conocíamos el camino hasta la Quinta Bermeja. Matías y Clarita nos recibieron con gran cariño y como es lógico Matías le insinuó a Don Agustín la posibilidad de su vuelta a Canarias, cosa que todavía no entraba mucho en los cálculos del gran profesor.

Entre los temas de archivo en que me ayudó Don Agustín fue el de los escudos de Venezuela. D. Agustín me confirmó que el de Santa Ana de Coro tenía como elemento principal a la propia Santa Ana ya la Virgen María, niña, en su escudo, quizá el primero de toda la que fue después Capitanía General. También me dio la noticia del escudo de Maracaibo cuya heráldica se había perdido hacía siglos y que tiene por elementos fundamentales el de un barco de velas desplegadas, navegando entre dos columnas que pueden ser réplicas

de las del Hércules hispano, reproducido en el inmenso lago y su reducida entrada.

Estos encuentros se dieron después que yo ya había publicado en la Revista del Símbolo jacobeo mi Síntesis de la heráldica venezolana principalmente municipal. Están reproducidos casi todos en los vitrales de la histórica e íntima Catedral de Caracas. Un historiador crítico y criticado, me dijo que todo aquello era falso, cuando la verdad es que se encuentra la copia de sus concesiones en algunas publicaciones impresas de la Biblioteca Nacional. De vez en cuando la prensa de la capital publicaba por entonces noticias sobre diversos escudos coloniales o recientes: Don Agustín estaba en todo lo que hacía y solo en unas cosas me falló: creo que en la Cuadra Bolívar había una enorme reproducción del escudo concedido a la antigua Guayana española que tenía un largo lema en latín como muchos de los blasones occidentales. Decía algo así como “jamás se ha visto región parecida a esta por las inmensas riquezas que posee”. Traté de traducir aquel largo letrero con más exactitud en compañía de mi maestro, pero no pudimos hacerlo. Cosas que tiene el latín más bien vulgar y pretendidamente culto.

Ya volvía a tomar contacto con D. Agustín cuando el Sabio comenzó a frecuentar sus visitas a Las Palmas en donde volví a verlo en la pensión que habitaba cerca de la Alameda de Colón y de la Plaza de Cairasco y de la salida para Tafira. Estaba ocupado en su filatelia de siempre. Creo que para entonces tenía más catálogos que nunca, el alemán, el inglés y el español de Gálvez.

A medida que se acercaba más a Canarias reunía los retazos de una vida que había ido dejando atrás. Carmen Toledo y Rafael Bolívar con los que había sostenido una amistad profunda en la capital del Lago volvieron a reanudar su amistad con el ya anciano Don Agus, como le llamaba Carmen. Sus hijas —aquellas que había conocido en Villa Rosa de chiquitas— estaban otra vez con él. En un día del glorioso verano nos reunimos en la casa de veraneo que habitaban los Bolívar por encima de Santa Brígida. Los recuerdos maracuchos saltaban entre los platos y las copas con las que nos brindaron. Todo era como en el final de una época gloriosa en torno al maestro no sólo de la paleografía, sino también de la alegría.

Pero esa misma época sirve para demostrar las trampas saduceas que le habían tendido aquí en Las Palmas. Con la confianza inocente que ponía en la voluntad de los que conocía, aceptó el cargo de “no sé qué” del Cabildo. El Director o algo así gobernaba entonces todo eso e inmediatamente lo instrumentalizó enviándolo a misiones que no eran dignas de su categoría académica. Asistía ya por entonces a las reuniones que convocaba en la Plaza del Pilar Nuevo y en una de ellas en que se veía en la cara la depresión, el cansancio y la vergüenza me dijo que lo habían enviado a Gando a recibir a un personaji-

llo de la fauna internacional. Pero él estaba orgulloso de tener aquel cobijo en que iba depositando el Cabildo los trastos que no sabía dónde poner, porque allí había estado la ebanistería de su abuelo o bisabuelo de él. Nunca faltaban gentes que lo recordaban e iban a buscar su proximidad. Entre ellos con toda buena voluntad uno de los amigos de Vegueta que iba a llevarle los documentos del archivo de su padre, el Marqués de Acialcazar, y que era Gonzalo Quintana Nelson. No había Archivo en que no buscara ni minuto que perdiera.

Él tenía un empeño enorme en que el que suscribe se uniera a sus trabajos. Pero yo no tenía tiempo, ocupado como estaba en mis clases humanísticas de la Escuela Náutico-Pesquera y los Institutos.

Pero sí tenía tiempo para hacer todos los esfuerzos posibles para seguir su trayectoria en sus malos y buenos momentos. Entre los malos estuvo el atropello que le hicieron en el Museo Canario cuando se encontró que su mesa de trabajo en su patiecillo interior había sido utilizada sin previo aviso para limpiar restos de muestras de antepasados, fueran los que fueran. Entonces le ofreció refugio la Universidad a Distancia. En su primera reunión a la que asistí, fue desechada mi propuesta de que ese departamento fuera regentado por el ayudante más constante que había tenido, Manolo Hernández Suárez..., pero hubo alguien que se apoderó del coroto casi violentamente, mientras don Agustín me miraba con una inmensa cara de tristeza.

Don Agustín había comprado por entonces una modesta casita en la última que iba a vivir en Gran Canaria. Estaba en un escondido lugar del Madroñal y lo acompañaba una de sus hijas, airosa y amical que cuando el autor murió hizo que llegara hasta mí lo que me faltaba de su paleografía en su última edición y de la que yo tenía un compendio de la que había hecho la Editorial Labor. Antes de morir él me prometió la nueva edición monumental, pero alguno de los que intervinieron la había camuflado para no entregármela y aquella dama sonriente y alta que fue la hija de D. Agustín Millares, Mercedes, deshizo el entuerto, regalándomela.

En un acto de entrega de algunos premios literarios estaban presentes mi hermano Chano, José María Millares Sall y nuestro primo hermano José Caballero Millares también magnífico poeta. A nosotros se acercó una chica muy joven pero también muy despierta como son la mayoría de las gentes de la nueva generación y mostró su sorpresa que todos tuviéramos como base fundamental material a los niños que frecuentamos Villa Rosa. No sabía que había en ello una especie de ironía histórica bajo las dos araucarias y la presencia de Don Agustín Millares Carló.

No sabíamos tampoco que pocos años después Don Agustín iba a morir en casa de Yoya Caballero Millares en la parte nueva de la antigua Plaza de San Bernardo que, como niña y mujer encantadora que fue, había atendido con todo el cariño que él se merecía a su tío Agustín, hijo de Pastín y Mama Lola.

Los lugares literarios de nuestra escondida historia se encuentran muy cercanos en nuestra reducida geografía de cincuenta kilómetros de diámetro.

Unos días antes de su fallecimiento estuve a verlo. Pasé un rato con él y tuve que acompañarlo al baño donde casi se me cae. Pasar una crujía fuese su frase, de las muchas veces que lo hizo en la vida. Vueltos a la cama entró Agustín Bosch, otro de los lejanos compañeros de Villa Rosa y sobrino de Don Agustín. Yoya y algunas amigas estaban en una habitación contigua. Los pájaros escandalizaban en los ombúes de la calle. Agustín me dijo que aquello no tenía solución.

Y así murió D. Agustín el Mecenaz, no de dinero que no lo tenía, sino de la amistad. Quiso hacerme siempre bien y al fin lo logró con la edición de nuestra ISLA editada completa al fin, por el Cabildo.

Fue enterrado en el columbario de la derecha al entrar. No pude acercarme entre aquella pequeña multitud pero lo vi desde la tumba de Tomás Morales. La vida es circular.

Ahora todos se habrán reunido de nuevo, sobre todo cuando Cristóbal García Blairsy, Director del Centro Asociado de la UNED en Las Palmas de Gran Canaria, ha hecho llegar hasta mis manos la obra póstuma de Don Agustín Millares Carló y que subraya una de las frases que un día pronunció ante mí: “Son tantos los descubrimientos sobre la Historia Medieval de Europa, desde que yo me marché a América, que habrá que escribirla de nuevo”.

El mérito es doble: la plena conciencia de que la Historia de Europa estaba realmente falsificada y la voluntad del sabio que publicó esta obra para contribuir a encontrar la verdad. Aunque la UNED no tuviera otros méritos, este solo es suficiente para que nos felicitemos de que exista.